

# NAVES ETERNAS EN LA MARINA DE CHILE

21 de Mayo de 1879  
(Guerra del Pacífico)

Por  
Lily VASQUEZ Claro



EN UN DÍA de invierno de 1825, en que el mar enfurecido se disputaba con el viento y la lluvia el do-

minio del Drake, se hundió en sus abismos la gloriosa fragata "O'Higgins", que fuera durante cuatro años nave insignia de Lord Thomas Alejandro Cochrane, almirante y jefe de la escuadra chilena en la guerra de la Independencia.

Había dictado la soberanía chilena en su larga costa del Pacífico cuando estaba sobre el mar; hundida en el Drake, muerta para los hombres, vigila con la fuerza de su espíritu indomable la chilenidad de los mares que no alcanzó a recorrer al mando del héroe inglés.

Todos los barcos que recorren los mares del mundo, desde el sufrido ballenero hasta el acorazado orgulloso y temible, la han visto al

pasar y han saludado su bandera. Los barcos sobre el mar tienen un alma que los comunica con las naves que murieron y a menudo la almirante los ha guiado generosa en medio de la furia del mar austral. Y otros que han desafiado con insolencia pueril su soberanía, han sido arrastrados al abismo por la temible nave, celosa en el más allá de los derechos de su patria.

Es un día de 1856... Por sobre las olas de los mares europeos el viento trae una noticia que llena de júbilo los mares de Chile. Grita el correo invisible : —¡Ha nacido la corbeta "Esmeralda" en los astilleros del Támesis...! ¡Oíd, mares de Chile...! ¡Ha nacido una nueva "Esmeralda"! ... ¡Es nave de guerra y es linda como un sueño...! "

Las voces del viento van a lo largo y a lo ancho del Drake y las escucha la fragata "O'Higgins"... Se queda largo tiempo inmóvil sobre suaves olas pobladas de otras sombras navales.

Revive la noble almiranta la noche del 5 de noviembre de 1820. Vuelve a sentir la voz sonora, inolvidable, la arenga hecha mandato eterno para los marinos de Chile...

Vuelve a ver el fuego de los cañones del Callao y proyectándose contra su luz, ve salir la fragata real, majestuosa, inmensa en las sombras de la noche. V en su mesana la bandera de Chile...

—¡"Esmeralda"! ...

El viento radiante de alegría trae un nuevo aviso :

—¡La corbeta "Esmeralda" ha partido hacia Chile!

Y después...

—¡La "Esmeralda" ha entrado en Río de Janeiro!

Toda blanca de velas, como un cisne, se mece en las aguas de Guanabara. Y de allí recomienza su carrera hacia la patria.

Llega al Drake otro aviso del vigía invisible :

—¡La "Esmeralda" ha dejado el Brasil !  
Y luego :

—¡Acaba de dejar atrás Mar del Plata!  
Y la voz se eleva triunfal :

—¡Ha cruzado frente al Cabo Corrientes!...

¡Está en Chile!...

Como un ave pictórica de juventud y de alegría de vivir, la linda corbeta ha dejado atrás las costas del Imperio del Brasil y vuela hacia el sur, cruza aguas argentinas y entra veloz al Atlántico chileno y sigue, sigue su carrera; cuando pasa sobre el Arco Antillano reconoce la presencia del Pacífico. Coqueta, se va mirando en esas aguas que se van tornando más y más bravias. Poderosos vientos la empujan en pleno Mar de Drake.

Amanece. Un día claro cruzado de largas y tenues nubes, como velos que le dan al mar y al cielo extraña y maravillosa brumosa. El mar, la luz, el cielo, se unen para crear un gigantesco anfiteatro suavemente azul de maravillosa hermosura, donde va la nave, sola, toda blanca, toda esperanza, toda alegría de vivir.

Cuando el sol, velado por esas nubes transparentes, se clava en el mediodía, la corbeta-niña se estremece y su alma entera se apretuja de ansiedad. Porque en medio de grandes masas de agua, allí muy cerca, desde el fondo del Mar de Drake, ve surgir una gran fragata con todo su velamen desplegado y una bandera lu-

minosa en su mesana. Reconoce la "Esmeralda" en ella su propia bandera... La de Chile. En la proa de la gran nave lee un nombre : "O'Higgins".

Silenciosamente ese barco magnífico cruza con orgulloso señorío frente a la "Esmeralda", y en un giro majestuoso, impresionante, viene a colocarse junto a ella. Por algunos minutos las dos naves, la de maderas brillantes, joven y nerviosa como un corcel, y la otra, poderosa, grave, con la transparencia de las naves que murieron para los ojos humanos, navegan rítmicamente sobre las aguas del Estrecho de Drake en demanda del Cabo de Hornos.

A bordo de la "Esmeralda" un oficial observa a un marinero :

—Mira... qué ancha mar de espuma va levantando la proa... ¡Nunca había visto esto!

Suben y bajan las dos naves sobre la eternidad azul del Drake.

- "Esmeralda" ...

La joven corbeta se estremece. La voz grave, profunda como los abismos sobre los que navegan, cruza el aire como aquella vez en la noche del 5 de noviembre de 1820 en El Callao:

—"Esmeralda" ... Te esperaba desde que supe que habías nacido. Aguardaba tu crucero por estos mares de tu patria, que es también la mía, y que patrullo desde hace más de treinta años... Aguardaba tu paso porque como barco de guerra de Chile tienes un destino y debes conocerlo... Porque Chile, "Esmeralda", volverá a cruzar los mares con banderas de guerra y tú serás el alma de la nación...

—"Esmeralda" ... Yo traje a Chile tu nombre cuando capturé a la "Esmeralda" española, allá en El Callao. Y ese nombre será eterno entre las naves de guerra de Chile, porque tú perteneces a una nación que hizo del valor y del deber una religión. Que siempre tendrá hombres que guarden como un relicario divino, un amor, un deber, un universo..., eso inmortal que se llama Chile... Tu Patria y la mía...

—Y por ella tú vas a morir como mueren las naves de Chile en la guerra.

La voz de la fragata parece sacudir a la corbeta, súbitamente entristecida. Pero sobre el mar austral se oye su voz clara y sin temor.

—¿Cómo voy a morir?

Las dos naves levantan las proas y las hunden en borbollones de espuma. El cielo y el mar se envuelven en pálidas luces. La "O'Hig-

gins" guarda silencio. A su lado la nave-niña vuelve a preguntar y no tiembla su voz:

—¿Cómo voy a morir?

—Morirás un día de mayo, una mañana de sol, deshecha por la metralla, destrozada por el espolón de una nave de hierro cien veces más poderosa que tú... Te hundirás chorreando la sangre de tus marinos que preferirán morir antes que rendirse... Estallarán tus calderas, quedarás casi inmóvil, combatiendo durante cuatro horas, indefensa en medio de las balas... Enjogada de banderas, verás todavía que clavan en tu pico de mesana un segundo pabellón... Cada martillazo sellará sus vidas y la tuya. ¡Y verás cómo muere toda la guardia de la bandera!

—Dentro de 23 años te hundirás empapada en sangre, en el humo y la metralla, con tus marinos muertos y tus marinos vivos, en un puerto llamado Iquique... Sangre, dolor, coraje y disciplina, jamás miedo ni fatiga. Hechos pedazos, gritando el nombre de Chile, como un desafío al morir, enrojecerán con su sangre el mar y te envolverán con ella... Así vas a sucumbir, "Esmeralda"...

La voz de la "O'Higgins" cesa de oírse. Las proas se hunden en un mar silencioso. Un sollozo inmenso hincha las velas de la corbeta.

—¿Por qué tienen que morir así?

La nave almiranta responde lenta, gravemente:

—Porque son chilenos.

Una pausa. La joven corbeta navega pensativa. Pregunta después muy despacio como si se hubiera ausentado en el tiempo y la distancia:

—Cuando yo muera... ¿podrás saberlo tú...? ¡Moriré tan al norte y estaré tan sola!

—No, no estarás sola, "Esmeralda"... Volveré a esos mares que crucé tantas veces, combatiendo por la libertad de Chile y de América... Estaré a tu lado, te veré morir para los hombres y nacer a la vida inmortal... Morirás en Iquique pero nacerás mil veces, mientras exista este país que se llama Chile...

El Cabo de Hornos dibuja su sombría silueta en el brumoso horizonte.

—Yo también viviré eternamente entre los buques de guerra chilenos... ¡Siempre habrá un "O'Higgins" ...!

La corbeta parece alejarse en el porvenir. Se le ha revelado su destino y se ha internado en los años futuros que le esperan como nave de guerra de Chile. Se va saturando, penetrando

hasta la más escondida fibra de su cuerpo de rica madera, del misterioso sortilegio, encanto o alma de las aguas que va hendiendo hacia el norte. El alma de Chile la va cogiendo en sus brazos de hierro y de seda. Hace una última pregunta:

—¿Por qué moriré tan al norte?

—Porque deberás patrullar esos mares de Chile por la eternidad... Te dije que eres un barco predestinado. Tu misión es ésa... Tu hundimiento señalará la chilenidad de esos mares del norte, como yo señalo la de los mares australes. Desde el fondo de la rada de Iquique surgirás tú como centinela eterno de Chile en el norte... Por eso te llamaste "Esmeralda"...

La corbeta parece meditar. A su bordo los hombres duermen confiados; en su puesto un vigía escudriña la inmensidad líquida. Las dos naves van en silencio, sumidas en sus pensamientos. Muy atrás ha quedado el Cabo de Hornos. Cuando enfrentan el Canal Balleneros, la "O'Higgins" se detiene y pregunta a la corbeta:

—¿Tendrás miedo, "Esmeralda"?

—¡No! ¡Nunca!

—Entonces... ¡Adiós! Volverás en tus viajes y nos encontraremos de nuevo. Yo regreso... Adiós "Esmeralda"...

Y la fragata señora del Pacífico, majestuosamente tuerce el rumbo y pone proa hacia tierra. Volverá al Drake por la ruta del Canal Beagle. La "Esmeralda" navega sola hacia el norte.

Un bosque de naves llena el mar de Iquique al despuntar el día. El velamen de centenares de barcos translúcidos pone una leve bruma en esa mañana de mayo, radiante de sol. Son las naves que capturó Lord Cochrane, las que lucharon contra él en su largo crucero de guerra combatiendo en los mares del mundo por la libertad de las naciones. Son las naves que pretendieron vencerlo; grandes navios españoles, airosas fragatas... Son las naves del Imperio Francés que quisieron atajarlo, las naves de Portugal, las de Turquía...

Y en primera línea de esa fabulosa presencia naval, se mecen leves y transparentes las naves que comandó el guerrero escocés, alma naval de la libertad de América... Ahí está el temerario "Speedy", solitario bergantín terror del Atlántico. Y el "Arab"... La "Pallas" y la "Reina Carlota"...

Y en línea de avanzada, empavesada de gala, imponente en su nobleza y su gloria, lu-

ciendo el pabellón de Lord Cochrane junto al brillante emblema de Chile, está la fragata inmortal en el Pacífico americano, la que se llamó un día "Reina María Isabel" y que cambió ese nombre que tenía vibración de pompas reales, por el seco nombre, símbolo de guerra y libertad: "O'Higgins". Ha venido a cumplir su promesa hecha 23 años atrás a la corbeta que cruzara entonces, dichosa y volandera, los rebelde mares del Chile austral.

Ha navegado otra vez las antiguas rutas de guerra y de gloria; su velamen, tenso por brisas del reino de las naves muertas, brilla con transparencias de piedras preciosas. A su lado, un punto más atrás, su gemela, la "Esmeralda" capturada en El Callao; la pequeña "Moctezuma"... Y en ancho frente, otras naves, otros nombres... El "Intrépido", hundido en la isla Mancera, cuando capturaban Valdivia en 1820... La "Chacabuco", el "Galvarino". La "Prueba" y la "Venganza"... ¡Tantos barcos atados con cadenas de gloria a un nombre!

En la bahía de Iquique, cerca de la playa, está la "Esmeralda". Vieja, maltrecha, cansada de navegar llevando el nombre de Chile por el mundo. Está quieta, muda, esperando que comience el fin... Ha visto llegar las escuadras extranjeras, los barcos de Lord Cochrane, y la penetra una profunda melancolía.

—¡Chile..., patria amada! ¡No quisiera abandonarte...!

Todo le parece como si se hubiera levantado una cortina sutil entre ella y el mundo. Ha comenzado a morir un poco... Quisiera tener el alegre desplante de su querida compañera, esa pequeña goleta tan vieja y maltrecha como ella, que monta guardia en la entrada de la bahía.

—Cuando se la quitó a España en 1865, era igual —piensa la corbeta—, no ha cambiado nada... Pero ahora nuestros caminos se separan... Dictaremos a Chile su destino, aquí en estas aguas... Pero yo voy a morir... ¡Oh! ¡Chile, Chile...! ¡Cómo poder quererte un poco más todavía!

Un cañonazo de alarma retumba en la bahía y se repite su eco lejano en los cerros de la costa. Lo ha disparado la "Covadonga" desde la salida del puerto. Y un grito llena el aire bajando desde la cofa mayor de la corbeta:

—¡Humos al norte!

• El catalejo se clava en aquellos humos lejanos. Pasan los minutos, largos, interminables, en que la duda se mantiene amparada por esos

humos que se van acercando momento a momento. Y por fin se le reconoce al primero... Por su línea baja, por la cruceta de su trinquete, se le identifica a pesar de los penachos de humo con que parece azotarse los flancos, como un león irritado... Es el "Huáscar", el poderoso monitor peruano, terror del mar en los meses transcurridos de la guerra. Y con él la poderosa fragata "Independencia"...

La "Esmeralda" mira a su enemigo sin miedo. Hace señales a su camarada, la cañonera "Covadonga", que siga sus aguas, y ordena al transporte "Lamar" que escape hacia el sur. Y se prepara para su último combate... Obedece fatigada a su timón, sintiendo que se le parte el corazón cuando revientan sus calderas; queda indefensa, casi inmóvil, esperando como un ciervo herido el golpe mortal.

Con eco tremendo retumba un disparo del "Huáscar" que cae entre la corbeta y la cañonera. Ha comenzado el combate. Se pregunta la "Esmeralda" qué van a hacer sus hombres, cuando siente que uno sube como una ardilla por su mesana y clava en él un segundo pabellón...

Esa es la respuesta.

Se llena el cielo y el mar con el estruendo de los grandes cañones de los dos blindados; ¿pretenderán resistir esos dos viejos barcos de madera?

La "Covadonga" se aparta de la corbeta... ¿Huye? Se ha lanzado hacia la costa disparando sus modestos cañones contra la "Independencia", logrando atraerla sobre ella... La "Esmeralda" ve a su compañera alejándose pegada a la costa, disparando sin pausa. ¿Por qué nace eso? No tiene tiempo de pensarlo. Los cañones del "Huáscar" la están destrozando.

Cuatro horas duró la espantosa lucha; cuatro horas la corbeta de viejas maderas resiste y contesta el fuego horrendo del monitor mientras el toque de calacuerda se levanta incesante sobre el fragor del combate... En medio del humo brillan como flores sus banderas. Chorrea sangre, cubierta de cuerpos mutilados; es un infierno flotante en que cada vida se acaba en un grito de rabia y desafío, revolcándose en la agonía y acogiendo la muerte con tan doloroso frenesí de valor que ni siquiera se dan cuenta que están muriendo...

Cuatro horas dura el combate... Cuatro horas indescriptibles en que una nación entera vuelve a encontrarse a sí misma y renace en el martirio de la corbeta inmortal.



Corbeta "Esmeralda". Construida en 1854 y hundida en el combate naval de Iquique el 21 de mayo de 1879.

Fragata O'Higgins", ex "Maria Isabel" enarbolando la insignia de Cochrane. Oleo de Lily Vasquez Claro. Oficina del Ministro de marina en Brasil. (Atencion del Agregado Naval del Brasil en Chile, capitan de Navio Sergio Roberto C.O. Queiroz).



A bordo de la "O'Higgins" otros marinos de Chile contemplan la sangrienta epopeya. Son los hombres,, los oficiales de Lord Cochrane, es él mismo que está mirando. Y tras él, en centenas de barcos, los hombres de otras naciones...

El "Huáscar", exasperado, quiere terminar con esa tan desigual batalla que no es sino una carnicería para muchos de los espectadores y atacantes de la costa, y del propio blindado, que no pueden saber, que no comprenden, no sienten cómo está levantándose un país, un pueblo, desde esa cubierta destrozada roja de sangre... Una acometida terrible, el espolón de hierro contra las viejas maderas. Un oficial en uniforme de gala, espada en mano, que salta a la cubierta solitaria del blindado, seguido de un sargento... La "Esmeralda" ve morir a su comandante al pie del pabellón enemigo, ultimado de un balazo.

El monitor se retira; la corbeta mira alejarse a su terrible adversario, llevándose el cuerpo sin vida de su comandante. Quisiera llorar frente a esa figura inmóvil, de pálido rostro, cuyos ojos se han llenado de sombras. Pero no puede, no tiene tiempo, viene empenachado de humo el segundo golpe y el corneta está llamando al abordaje... Vivando a Chile saltan doce hombres esta vez; uno de ellos lleva en su mano una espía, con ánimo de amarrar al monitor por alguna bita. Ese hombre viene de la cubierta misma de la "O'Higgins", de los días de Lord Cochrane... Abordar al "Huáscar", tomarse al monitor... El hombre ruge de impotencia cuando cae también cerca del cuerpo de su comandante.

Con el espolón se quiebra el cuerpo de la corbeta, con los cañones al mismo tiempo se barre de metralla su cubierta... La "Esmeralda" siente que el mar penetra en sus entrañas, calmando sus dolores, apagando piadosamente el fuego de sus heridas, pero apenas si siente esta presencia eterna; sólo ansia con la fiebre de la muerte incorporarse, mirar, mirar al blindado que se le viene encima por tercera vez, y volver a ver aquel cuerpo abandonado en la enemiga cubierta... Es como el perro fiel, moribundo, que quiere arrastrarse hasta el amo muerto y morir junto a él. El humo y la metralla, las descargas de la artillería en el momento mismo del espolonazo la tienen destrozada, y en su ansia espera el tercer golpe, ciega de dolor. La embestida espantosa la coge por el medio y co-

mienza a hundirse... con sus marinos muertos y sus marinos vivos... Un grito cruza el aire enrarecido por el humo, un grito casi sobrehumano, el desafío terrible, el valor indomable que viene del fondo de las selvas de Arauco; grito que espanta a quienes alcanzan a escucharlo :

— ¡Viva Chile!

Lo ha lanzado el guardiamarina Ernesto Riquelme en el momento de hundirse disparando el último cañonazo. Ciego de coraje, de dolor y de rabia, su espíritu se lleva la visión horrible de su "Esmeralda" hundiéndose en borbollones de espuma enrojecida, izadas al tope sus banderas...

— ¡Viva Chile...!

El grito terrible sacude hasta las cuaderñas a la invisible almiranta.

Lo ha repetido su tripulación inmortal con los ojos agrandados de asombro y el corazón cansado de un coraje que no ha podido ser expresado a los que acaban de morir ante ellos...

En su puente una figura alta ha permanecido esas horas presenciando el combate tremendo, endurecido el rostro, ardientes los ojos azules... Es Lord Cochrane, el de sesenta años atrás, el Señor del Pacífico, alma naval de Chile... Y cuando se hunde la "Esmeralda", la nave que ha hecho tanto honor a su nombre, y el mar de Iquique la acoge en su seno, en el rostro del Lord hay un gesto de inmensa emoción, gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas translúcidas. El, él, que dominó con férrea terquedad sus sentimientos más íntimos... Sus ojos encendidos siguen con la mirada al blindado, fijos ahora en el comandante de la "Esmeralda", muerto sobre esa cubierta... ¿Qué piensa, qué siente frente a ese otro héroe?

Desde el fondo del mar donde se ha hundido, comienza a surgir el alma de la corbeta mártir. Luminosas las cinco banderas con que se ha hundido, se levanta la nave purificada en el martirio, cicatrizadas sus horribles heridas. Transparente, diáfana, maravillosa, está ahora meciéndose sobre el mar aún enrojecido por la sangre de sus hombres. Ellos también vuelven a ocupar sus puestos, liberados del dolor humano, penetrados de la misión inmortal que comienza en ese momento. Lord Cochrane busca con su mirada azul a los que murieron en la cubierta del "Huáscar" y vuelve a ver, en uniforme de gala, pensativo el rostro, tan pálido y noble, en el puente de mando al comandante de la corbe-

ta. ¡Irradia el oficial chileno tanta nobleza en su porte y señorío al ocupar de nuevo su puesto en la nave inmortal! ¡Ahí está de nuevo, comandando su nave, en la mano la espada jamás rendida! Y ahí están sus hombres... Y ve el Lord sobre la arboladura brillar las banderas eternas... ¡Con qué sentimiento de orgullo y de amor el guerrero británico contempla los emblemas del país que él formó en el mar! Ahí están, la del comandante al tope del mesana, la de guardia en el trinquete, el gallardete en el mayor y dos nacionales en el pico de mesana, una de ellas clavada...

El Chile de los años pasados se ha hecho presente en esas horas, con toda su fiereza y su heroísmo, muriendo para levantarse más potente en su porvenir...

Da el Lord una orden; la tripulación de la almiranta forma sobre la cubierta y presenta armas... Sobre las cubiertas de centenares de naves, otras tripulaciones rinden homenaje al valor y al deber.

¡Gloria a los héroes! ¡Honor a los mártires!

Lord Cochrane saluda al capitán Prat.. El mundo de las naves desaparecidas se estremece con el estampido de los cañones de la noble "O'Higgins".

Miles de bocas de fuego responden... Dispara el "Speedy" y todos los ingleses. Retumban los cañones de la escuadra francesa vencida en Aix... Dispara la flota portuguesa derrotada en Maharaña... Y la escuadra imperial del Brasil. Y los barcos de guerra de la Grecia y Turquía. Y las naves del imperio donde no se ponía el sol...

Son las flotas de grandes imperios que vieron pasar a Lord Cochrane y rinden honores a la corbeta mártir... Es España, es Inglaterra, es Francia, es Brasil...

¡Gloria a los héroes! ¡Honor a los mártires!

Con fragor de tormenta que se aleja, el rugir de los cañones se va perdiendo en la inmensidad del mar. Una tras otra las escuadras extranjeras pasan frente a la corbeta heroica, y se alejan, con las tripulaciones formadas sobre cubierta... Pasan, saludan y se van perdiendo en la luz maravillosa de ese mediodía de mayo en Iquique.

Todo ha terminado...

Escortada por las naves inglesas, la "O'Higgins" navega hacia el sur. A diez millas de Iquique, Punta Gruesa. Lord Cochrane, con una exclamación de asombro, clava su catalejo en una gran fragata encallada en ese bajo y señalada por el humo negro del incendio que la consume.

Y mirando hacia el sur, ve una manchita atormentada alejándose en el mar...

Dos naves heroicas, la corbeta "Esmeralda", al hundirse en el mar de Iquique con sus marinos muertos y sus marinos vivos, al tope sus banderas jamás rendidas, y la pobre cañonera "Covadonga", tan pequeña, tan brava y tan audaz, combatiendo también cuatro largas horas y venciendo a su poderosa adversaria, habían ambas ganado para Chile la Guerra del Pacífico, ese 21 de mayo de 1879.

Los mares del norte quedaban bien guardados...

